

capa y bajó apresuradamente á la calle. Sin saber por dónde, anduvo al azar. Se sentaba en los guardaruedas, contaba los faroles de gas y hacía bolas de nieve, que lanzaba contra las paredes.

Después de esas fuertes crisis, las más ligeras distracciones bastan á veces para desviar el pensamiento de la idea que alimenta al dolor, y para conceder por breves instantes una tregua, durante la que todo el sér se sumerge, por decirlo así, en un baño de insensibilidad. No es la ausencia del dolor, es el sueño, pero sueño intranquilo, que huye en cuanto el menor incidente roza el espíritu adormecido, y vuelve á ponerle frente á frente con la imagen del tormento. Entonces todo está terminado. El espíritu despierto renace más activo y más agudo.

Oliverio se encontraba, pues, en ese estado de casi idiotismo que sigue á las prostraciones. Había llegado á aislarse de sí mismo, y después de andar una hora fué á parar al mercado: daban las tres de la mañana en la iglesia de San Eustaquio.

En el momento en que se detenía en la plaza de los Inocentes, examinando la fuente de Jean Goujen, que la nieve amontonada había revestido de blanco, llamó su atención un fuerte ruido de voces que se producía cerca de él. Volvió la cabeza y vió á dos pasos un grupo, del que partían gritos y risas; entonces se aproximó: la causa de todo

el escándalo era un incidente de lo más vulgar: un perrazo de caza, negro, con las patas blancas, acababa de acometer á un enorme gato perteneciente á una vendedora que tenía el puesto á poca distancia. El objeto de la pelea era un trozo de carne averiada. Al oír los maullidos del felino, la vendedora había acudido en su auxilio, emprendiéndola á escobazo limpio sobre el perro, que no quería soltar su presa.

—¡Pillo! ¡ladrón! ¡asesino!, ¡serás siempre el mismo!—gritaba la vendedora haciendo caer una granizada de golpes sobre el perro, que hacía el mismo caso que si le acariciaran con plumas de avestruz.

—¿Qué sucede allí?—dijo una voz fuera del grupo que miraba la lucha. Al oír esta voz, Oliverio, que examinaba el perro como si hubiera creído poder reconocerle, levantó los ojos para mirar al que hablaba.

—Es otra vez su maldito perro, que quiere hacer daño á mi pobre cordero—dijo la vendedora.

—¡Eh, aquí, Diana! ¡aquí enseguida!—exclamó el joven.

Al oír que le llamaba su dueño, el perro soltó su presa y recibió otro escobazo de la vendedora, quien le lanzó su último insulto.

—No me equivoco—murmuró para sí Oliverio, mirando más cuidadosamente al dueño del perro,—es Lázaro. Y acercándose al joven en el momento en que iba á retirarse, le tocó en la espalda.

—¡Oliverio!—dijo Lázaro volviéndose y sonrojándose mucho.—¡Usted por aquí, de noche, con este tiempo tan desagradable!—prosiguió con acento turbado.—¡Qué rara casualidad! ¿Hacia mucho rato que me había visto usted por aquí?—terminó con cierta inquietud.

—Ahora mismo—contestó éste.—Pero, y usted también, ¿cómo le enuentro por aquí á estas horas?

—¡Oh! yo—contestó Lázaro, que pareció tranquilizarse,—estoy por curiosidad. Ya sabe usted, mi cuadro de Sansón, de que le he hablado alguna vez, lo termino para el próximo salón, y he pensado que entre los hombres que trabajan aquí por la mañana, entre los fuertes, hallaría el tipo que me conviene para modelo.

¡De modo que está usted de aventuras!

Y al oír el ruido de los escudos que vibraban en los bolsillos de su interlocutor, Lázaro añadió riendo:

—¡Diablos!... tiene usted lluvia... para las Dánaes. Pues sí—dijo,—creía que tenía usted amistad con una joven, de la que Urbano nos había referido...

Cuando Lázaro decía estas palabras, una vendedora de pescado que preparaba su puesto, miraba á Oliverio con admiración.

—Mira, fijate—dijo á una vecina señalando á Oliverio,—mira qué hermoso querubín, María.

—¡Oh, qué lindo!—contestó la interpelada levantando su farol.

En todo este diálogo, de que él era objeto, sólo escuchó una palabra: «¡María!» y este nombre, lanzado al aire en el preciso momento en que Lázaro le hablaba de su querida, le hizo volver á la realidad.

—¿Y qué?—dijo Lázaro viendo que se estremecía—¿qué tiene usted?

—¡Está helado, pobre mozo,—dijo la vendedora de pescado.—¡Eh! ¡Perilla!—añadió dirigiéndose á Lázaro, al que quería designar,—traéte por acá á tu amigo. Su madre debe estar loca, al dejarlo correr así por la noche; dá lástima... ea, traélo, Perilla...

María, dale un poco de caldo, eso le reanimará. ¡Pobre mozo! ¡tiene el rostro de cera! ¡María, calienta una taza!

—¡Ah!—murmuraba Oliverio,— ¡María! ¿está, pues, por aquí? Lázaro, amigo mío, se lo ruego, déjame usted que la busque: acaban de llamarla, la encontraré... Déjame usted.

—Vamos—murmuró Lázaro,—ya lo comprendo, buena la he hecho, le he tocado en la llaga...

¿Qué, vienen ustedes?—gritó la vendedora con una taza de caldo caliente.

—Gracias, amiga—dijo Lázaro llevándose á Oliverio.—Necesita otra cosa.

—Se lo daba de corazón: hace mal si es orgulloso, ¿verdad, María?

—Ya lo creo,—contestó la vecina,—y que

es un caldo como el rey no lo bebería mejor!

Cinco minutos después, Oliverio estaba sentado delante de Lázaro, en un reservado de un cafetín. Entre los dos había, sobre la mesa, una botella medio llena de aguar-diente.

—Veamos—dijo Lázaro:—cuénteme usted sus penas.

Decir á un enamorado que cuente sus penas es lo mismo que decir á un autor que lea sus tragedias.

Oliverio explicó á Lázaro toda la historia de sus amores. Cuando llegó á la traición de Urbano, Lázaro dió con el puño en la mesa, é hizo una mueca de asco.

—¡Siempre el mismo!—murmuró.

Al fin de la historia, la botella estaba vacía, y Oliverio, embriagado, recitaba trozos de versos que había compuesto en otros tiempos.

En aquel momento tres ó cuatro *descargadores* entraron en la habitación, y dieron la mano á Lázaro.

—Toma, Perilla,—dijo uno de ellos.—Ahí tienes tu salario, que me encargaste que recogiera; y sacándose una bolsa de cuero, mostró cuatro piezas de á cinco francos, que entregó al pintor.

Lázaro, robusto muchacho, de comple-xión hercúlea, se había hecho descargador con el objeto de ganar algún dinero para procurar á los miembros de una socie-

dad de artistas de que formaba parte, la sociedad de «Los Bebedores de agua», los medios de trabajar para la próxima exposición. Lo que había, que como no tenía medalla, trabajaba de sustituto cuando alguno de los fuertes estaba enfermo. Le llamaban Perilla por un mechón de pelo rojo que le cubría la punta de la barba. Oliverio le había encontrado varias veces en el taller de su amigo Urbano, al que no habían querido admitir nunca la sociedad que Lázaro le proponía.

A las seis de la mañana, Lázaro hizo subir á Oliverio en un coche y le llevó á la casa de Urbano, cuya dirección había sabido indicarle el poeta en medio de su embriaguez.

Entrando de nuevo en el cuarto á que Lázaro le había acompañado, pues no podía él sostenerse por sí solo, Oliverio, embrute-cido por la embriaguez, cayó sobre la cama como una masa inerte y quedóse profundamente durmido.

—¡Dios mío!—murmuró Lázaro corrien-do las cortinas,—yo también tuve á mi María, y mi corazón, por petrificado que esté, conserva aún las huellas de los clavos que le crucificaron... ¡Ea, ea!—añadió en-cogiéndose de hombros—todo esto es his-toria antigua de unos tiempos hermosos que pasaron.

Y después de esta oración filosófica á su juventud muerta, Lázaro salió de la ha-

bitación. Viendo la llave en la puerta del cuarto de Urbano, entró.

—¿Qué te hace venir tan temprano?—dijo el pintor medio dormido al ver á Lázaro.—¿Ha ocurrido algo nuevo?

—No—dijo secamente Lázaro,—los malos tiempos no se han vuelto mejores, ni tú tampoco. Y sin dejar á Urbano tiempo para interrumpirle, añadió:

Sé tu historia con Oliverio y con María, y no me extraña; por tu parte tienes una triste naturaleza y eres incorregible.

—¿Quién te ha dicho...?—dijo Urbano.

—Oliverio, ó mejor, su embriaguez—contestó Lázaro, y relató á Urbano cómo se había encontrado con Oliverio aquella madrugada. Tratando Urbano de justificarse por su aventura con María, Lázaro le cerró la boca con esta brusca salida:

—Querido mío—no soy puritano, ¿eh? No moriré de una indigestión de virtud. Pero hay cosas que sublevan el corazón. Aunque no me interesen personalmente, hay acciones que me indignan hasta la cólera y me dan gana de lavarme las manos, si han tocado la mano del que las ha realizado. Tu caso se cuenta entre estos.

—Pero al menos deja que me justifique, no sabes cómo han sucedido las cosas.

—Sí, te abonaba la excusa de una pasión verdadera; habría podido, hasta cierto punto, comprender que en un momento de olvido, de exaltación, hubieras probado á robar á

María de los brazos de Oliverio. Pero qui-társela en tu casa abusando de la hospitalidad que le dabas, hospitalidad que le habías ofrecido para satisfacer un capricho de mala índole, esa acción no tiene disculpa. Eso se llama cobardía entre las personas honradas. ¿Quieres mi parecer? Si me hubieses hecho esto á mí, y con mi querida, te habría roto la cabeza con lo primero que hubiera tenido á mano. Ahora, que no me extraña que Oliverio lo haya tomado tan mansamente: su naturaleza pertenece á la de los débiles y pacíficos, que no tienen odio, ni cólera, ni ningún sentimiento viril de resistencia á la opresión; que son elegías, no hombres...

Cuando le encontré esta madrugada me dió lástima verle, lloraba como un niño. He cauterizado su desesperación con la embriaguez. Ahora duerme, pero cuando despierte será peor que antes. He venido para avisarte y decirte que le vigiles. Temo que haga alguna locura.

—Ya probó á hacerla; pero no le salió como él se proponía.

—Lo ignoraba—repuso Lázaro.—No se salió con la suya, ¡tanto peor! Si la muerte no quiso de él, prueba es que la desgracia le tiene señalado algo mayor. Muy pronto estará maduro, ¡pobre muchacho!

—María también probó de suicidarse—dijo Urbano, á quien conmovía, á pesar suyo, el rudo acento de Lázaro;—pero tampoco logró morir.

—¿Qué habrías hecho entre estas dos tumbas?—preguntó Lázaro, mirando fijamente en los ojos de Urbano.

—¡Quién sabe!—contestó éste.—Quizá habría puesto la mía.

—Esto es una frase de melodrama—dijo Lázaro con ironía.—Tu mala naturaleza no tiene siquiera la franqueza, que es la virtud de ciertos vicios. Me parece que no te privaría un remordimiento el digerir la vida. No me vengas con esas, ¿oyes? Entre estas dos tumbas de dos seres muertos por tu causa, habrías hecho la cama para nuevos amores. Enhorabuena, dime esto y te crearé. Ahora buenos días, no tengo nada más que decirte. Y Lázaro se alejó, sin estrechar la mano que le tendía Urbano.

—¡Bah!—pensó éste cuando estuvo solo:—¡Siempre será el mismo este tío!

Y volvió tranquilamente á dormirse hasta las dos de la tarde.

Oliverio durmió casi todo el día. En los primeros instantes no supo darse cuenta de lo que había ocurrido. Sin embargo, los recuerdos llegaban poco á poco; recordó su terrible noche de angustias, su encuentro con Lázaro, y el medio de que se valió éste para hacerle olvidar; entonces se levantó, con la cabeza amodorrada aún, y fué á buscar á Urbano.

—¿Dónde vas?—le preguntó.

—Son las seis, el *angelus* del apetito. Voy á comer—contestó el pintor.

—¿Dónde?

—Por aquí, á la derecha, á la izquierda, te lo diré cuando vuelva. Y á propósito, ¿has visto á Lázaro?

—Sí, efectivamente, le he encontrado esta noche en el mercado.

—¿Qué hacías por ahí esta noche?

—No lo sé, he salido porque me sentía enfermo, no podía dormir en ese cuarto, ¿lo comprendes?...

Pensaba...

—Sí, lo comprendo—replicó Urbano.—Por esta razón vuelvo á decirte que precisa que dejemos de vernos, para tu descanso y el mío. Tenemos que olvidar los dos y no adelantaremos nada si seguimos viviendo juntos. De modo que separémonos desde ahora...

—¿Pero dónde quieres que vaya?—repuso Oliverio animándose.

—María ha vivido conmigo toda una semana en este mismo cuarto. Si permaneces aquí el recuerdo de otra aventura será tu eterno tormento.

—Ya lo sé—replicó Oliverio,—pero no importa, quiero quedarme en esta habitación llena de recuerdos. Prefiero esta á cualquiera otra, cuyas paredes nada me dirían y no me comprenderían cuando las hablase de ella! Si este cuarto te molesta, no vengas á verme, poco te costará. ¡Oh! sí, el aislamiento, la soledad, me volverían loco, y la locura es el olvido. Ha sido tu querida, es cierto,

pero cuando lo fué había perdido la cabeza. Su corazón estaba adormecido cuando me engañó: acuérdate de lo que escribía: «No he tenido tiempo de amarle porque no había tenido tiempo de olvidar á Oliverio...» ¡y luego quiso morir por mí!... ¿Qué me importa su infidelidad? Ha sido ocho días tu querida; pero antes, durante los dieciocho meses que yo la he amado, no dejaba de ser la esposa de su marido. ¿Ve usted? los celos no sirven para nada cuando no matan el amor; y lo más frecuente es que causen una herida incurable. ¡Ah! ¡mi pobre María!... No, Urbano, no dejaré esta habitación, no me iré.

A pesar del egoismo que le dominaba, Urbano se sintió conmovido un instante por la explosión de esta pasión exaltada.

—Pero—dijo apretando con las suyas las manos de Oliverio—es absurdo que te quedes aquí: reflexiona una vez más que así perpetúas tu dolor.

—Es que no quiero olvidar, ¿comprendes? —exclamó Oliverio.—Esque quiero recordarla siempre, toda mi vida...

—En este caso, si decides quedarte, seré yo quien se aleje—dijo Urbano.

—¿Y por qué tal conducta, Urbano?

—Porque la imponen las circunstancias. Esta cuestión tan desagradable hará que se hable de mí durante seis meses. Lázaro y sus amigos no me tienen mucha voluntad. Creo que están algo celosos de mi suerte.

Lázaro me ha echado un buen sermón esta mañana. Si te quedas conmigo, como saben que tienes algo de dinero, dirán que te exploto después de engañarte. No quiero que esto suceda, ya estoy cansado de estas amistades. Además, que aun contra tu voluntad, acabarías por pensar lo mismo que ellos.

—Les diré que se engañan—repuso Oliverio asustado ante la idea de que Urbano le abandonara,—no te vayas. ¿Qué te importa quedarte? No te guardo rencor—prosiguió cogiéndole las manos.—Quédate, hablaremos de María, te contaré todo lo que me decía. No he podido decirte todo aun, porque, créeme, me quería mucho.

¡Ah! seré muy desgraciado si te separas de mí. ¡No tenía en el mundo más que á ella y á tí!

—Está bien—dijo Urbano.—Puesto que te empeñas, me quedaré.

—¡Oh! ¡gracias Urbano!... y juntos se fueron á comer.

## VI

Llegaron á un restaurant del barrio Latino, donde se hicieron servir una copiosa comida con abundancia de vinos. Oliverio, que apenas había tomado nada desde hacía tres días, comió, no como un amante desesperado, sino como un faquin puesto á dieta. En cuanto á Urbano, que generalmente tenía

siempre el hambre de un fraile al acabar la Cuaresma, comió hasta el punto de merecer los elogios del ogro más hambriento. Lanzó, sin embargo, un grito terrible, cuando les presentaron la cuenta, que ascendía á más de quince francos, y comprobó varias veces la suma, no pudiendo llegar á convencerse de que tan enorme cantidad era importe de una sola comida.

Los dos amigos dejaron la mesa en un estado que demostraba que habían levantado el codo más de lo regular.

Cuando salieron á la calle, á pesar de que estaba bien envuelto en su capa, Oliverio se quejó de frío, y Urbano le sintió, en efecto, temblar bajo su brazo, y á veces le oía castañetear los dientes.

—¿Estás enfermo?—preguntó el pintor.  
—Sería conveniente que regresáramos á casa.

—No, no—dijo Oliverio.—Desearía que me acompañases.

—¿A dónde?

—¡Oh, es un poco lejos! Pero hace buen tiempo y nos servirá de paseo.

—Vamos donde quieras. Y se dejó guiar por el poeta, que le llevó hasta la barrera de la Estrella.

—¿Pero—preguntó Urbano muy extrañado cuando hubieron llegado al extremo de los Campos Elíseos—¿dónde diablos me haces ir, á casa de quién me llevas, tan lejos, en el campo?

—Verás, pronto llegaremos, ya no está

muy lejos—murmuraba Oliverio tiritando cada vez más.

En este momento habían dejado tras sí el Arco de Triunfo y entraban en la Avenida de Saint-Cloud, que se dirige al Bosque de Boulogne. La nieve helada crugía bajo sus pies y soplaban un viento glacial en aquellos parajes desiertos y desprovistos de casas.

—Oye—dijo Urbano algo intranquilo,—por última vez: ¿á dónde vamos? Nos atracarán quizá por aquí; ¿á qué casa me llevas? No veo ninguna. Y el pintor se detuvo dispuesto á no seguir adelante.

Estaban en una especie de círculo, en el que se cruzaban la Avenida de Saint-Cloud, las de Passy, de Chaillot y dos ó tres caminos más. En el centro de este círculo hay una fuentecita rodeada de una verja circular de madera, y en frente una casa sin estilo de arquitectura, medio Renacimiento y medio gótico.

—¿Qué, es aquí donde venimos?—dijo Urbano enseñando la casa, que estaba iluminada de lleno por la luna.—¿Quién puede vivir en esta casita? No le hace: entremos, tengo prisa por ver fuego, me parece que estoy nadando en la Berégina.

—No conozco á nadie de esta casa—dijo tranquilamente Oliverio.

—Pues entonces—replicó Urbano impaciente—volvámonos, no sigamos.

—Es nùtil—dijo Oliverio,—hemos llegado ya.

—Llegado, ¿á dónde?

—A la fuente—dijo el poeta,—ahora la oirás cantar.

—¡Qué diablos!—exclamó Urbano.—¿Te burlas de mí? ¿Hacerme andar dos leguas, á las diez de la noche, para enseñarme una fuente helada, con peligro de nuestra seguridad?

—Aquí venía yo con María las noches de verano—repuso Oliverio.

Y extendiendo la mano hacia un espacio inmenso, añadió:

—¡He aquí los campos y los árboles! ¿Ves? —dijo á Urbano,—he visto desde aquí puestas de sol espléndidas. El sol era de fuego; detrás del Calvario parecía una copia de Marilhat. Ibamos á menudo hasta el Bosque de Boulogne, por este camino bordeado de flores silvestres. También había acacias blancas; el camino estaba alfombrado de flores caídas de los árboles: era verano entonces, ahora es nieve lo que blanquea el suelo. ¡Pobre llanura! ¡Estaba tan alegre en Agosto último! ... Ya ves que no hace mucho tiempo; era un domingo, un día de fiesta; echado en la fresca hierba, cerca de estos álamos, escuchábamos el *rip-rip* de los grillos, y á lo lejos vibraban los tambores y la música de la fiesta; la fuente rimaba sus rientes canciones y un hálito corría en el aire como perfume de incienso...

María llegó por este camino. La vi aproximarse de lejos: traía un traje blanco y som-

brilla azul; su velo flotaba con alegres ondulaciones sobre su frente y sus cabellos rizados besuqueaban también su rostro. Estuvimos juntos hasta el anochecer. ¡Ah, qué hermoso día! ¡Era muy feliz en tonces! ¿Por qué la he perdido?—acabó diciendo Oliverio, que narrando sus recuerdos se había olvidado de Urbano.

—No—repuso en seguida,—no te enfades, no hablemos más de estas cosas... No quiero evocar más las dulzuras del pasado. He querido volver á ver este sitio por última vez; ahora lo encuentro muy triste; esta blancura me horroriza, los grillos han muerto y la fuente está helada. Pero no importa, estoy contento por haber venido... Volvamos ahora, si quieres.

—¡Si quieres!... está bien—pensó Urbano, que no tuvo, empero, valor para bromear en voz alta.

Regresaron muy tarde. El temblor de Oliverio había crecido mucho. Urbano encendió un buen fuego en la chimenea, y como su amigo no lograba reaccionarse, el pintor le propuso que tomara un poco de tisana caliente.

—¡Ah, sí!—dijo Oliverio—sí quiero. Ház-mela pronto. De este modo dormiré esta noche—añadió mientras Urbano buscaba el aguardiente.

Según sus esperanzas, Oliverio durmió aquella noche. Pero al día siguiente se despertaba con un ataque cerebral. Asustado

Urbano fué á casa del padre de Oliverio, quien se limitó á darle la dirección de su médico. Urbano fué corriendo en su busca, y le informó del peligro inminente de su amigo. El doctor puso mala cara, hizo una receta, recomendó grandes cuidados, y fué á informar al padre de Oliverio de la gravedad de su hijo.

—Iré — dijo el padre al médico, — iré á verle.

Se dispuso, efectivamente, así, pero á mitad del camino regresó á su casa y envió á su criada que se informara de la enfermedad de Oliverio.

—M. Oliverio está muy mal, señor—dijo la criada. Le han tenido que sugetar en la cama; está mordiendo continuamente un puñado de cabellos, y no cesa de gritar: «¡María, María!»...

—¡Oh!—dijo el padre.—María es el nombre de esa mujer. Mal de amor... no es mortal. ¿Quién le cuida?

—Uno de sus amigos, el que vino aquí. Está muy intranquilo...

Ocho días después Oliverio no estaba mejor. Urbano fué á encontrar otra vez al padre, y le pidió dinero. Dióle algunos recursos, pero de muy mala gana. El pintor dijo entonces: —El médico no responde de vuestro hijo. En caso de desgracia, ¿quiere usted que le avise para el entierro?

—Sin duda alguna—contestó tranquilamente el padre.

Lázaro y los otros artistas, al saber la enfermedad de Oliverio se apresuraron á auxiliarle y establecieron un turno para velarle día y noche. Urbano estaba desesperado. Había contado al médico la historia de Oliverio y de María y el papel que él mismo había representado en ella, y la extraordinaria desesperación que había acometido á su amigo al verse separado de su querida.

—En cuanto esté algo mejor—dijo el médico—será preciso trasladarle de esta habitación y alejarle de todo lo que se relacione con esa mujer.

Pasados diez días el dolor se hizo menos frecuente y trasportaron al enfermo á la habitación de Lázaro, que estaba cerca de la de Urbano. Los «bebedores de agua» volvieron toda su habitación por dejar un cuarto desocupado para él. Finalmente, el médico empezó á dar esperanzas. Siguiendo los consejos de Lázaro, Urbano había dejado de ver á Oliverio desde el momento en que éste empezó á recobrar el conocimiento. Cuando Oliverio, fuera ya de peligro, preguntó por él, Lázaro contestó que Urbano estaba de viaje. Sin embargo, el recuerdo de María empezaba á renacer de nuevo en su corazón; pero este recuerdo no era ya ni el dolor ni la desesperación; era la melancolía, musa soñadora y cariñosa. La convalecencia de Oliverio, adelantada por los delicados cuidados de sus amigos, fué rodeada de todas las distracciones que podían alejar á su cora-

zón de una recaída. Por fin llegó el día en que pudo salir de su casa por vez primera. Era al principio del mes de Mayo; Lázaro y Valentín acompañaron á Oliverio al jardín del Luxembourg. Coros de pájaros en los árboles verdes de hojas frescas, recitaban el prólogo de la nueva estación, de la que era la primera sonrisa aquel hermoso día.

Cerca del banco que ocupaban los jóvenes sentóse una pareja amorosa asidos del brazo y riendo fuerte. Sus carcajadas hicieron volver la cabeza á Oliverio. Antes de que Lázaro y Valentín hubieran podido observarles, el poeta se levantó dirigiéndose á Urbano.

—¡Oliverio!—exclamó Urbano al reconocer á su antiguo amigo. Y al observar un signo que le hizo Lázaro, añadió: Llegué ayer de viaje, quería ir á verte, pero ya tenía noticias tuyas.

La compañera de Urbano se había separado un poco.

—¿Y María?—preguntó Oliverio, cuyo corazón había temblado al encontrar á su amigo del brazo de una mujer.

—No sé—dijo Urbano,—he estado fuera de París. Por otra parte, no me he preocupado por ella. Yo olvido muy pronto. Ahí tienes la prueba—añadió Urbano señalando con el dedo á la joven que le acompañaba.

—¡Oh!—dijo Oliverio con un destello en la mirada que revelaba su gozo interior,—estaba seguro de que no la amabas.

—Esta también se llama María—prosiguió Urbano irdicando á su nueva querida,—y la quiero mucho desde ayer. ¡María ha muerto! ¡viva María!

—Ya iré á veros—dijo Oliverio separándose de Urbano.

Este encuentro le dejó tranquilo y volvió á su casa casi alegre. Al día siguiente, acompañado de Lázaro, Oliverio fué á ver á su padre y á pedirle el dinero que le correspondía. Su padre estaba fuera y le recibió la criada.

—¡Ah, señor!—díjole—estoy contentísima de ver á usted. He aquí una carta para usted. La trajo una señora cuando no estaba su padre. Estaba muy ofendido con ella y me amenazó con despedirme si le decía la dirección de usted.

Oliverio abrió la carta. Era de María.

«Desde hace quince días que estoy libre—decía—he escrito á usted tres veces y no me ha contestado. ¡Ha creído usted, como muchos otros, sin dudá, al ver que me detenían, que era culpable! Y, sin embargo, sólo querían que diera unos informes sobre mi marido. Nada sabía, nada pude decir. Como era de suponer, he recobrado mi libertad. Hace dieciséis días que le espero. Usted no me ha perdonado quizá. Esperaré dos días más en mi antigua habitación. Si no viene usted me iré de París. Estoy decidida á ello, he vendido ya mis muebles. Quisiera solo despedirme de usted, y luego quedaría

usted libre. Juro á usted que no he vuelto á ver á Urbano y que nunca le he querido. Le he esperado á usted muchas noches, hasta muy tarde, delante de la casa de su padre, con la esperanza de que le vería llegar... Pero usted no ha llegado nunca. Es la última vez que le escribo. Hasta la vista, ó ¡adiós para siempre!»

—¿Cuándo le han entregado esta carta?— preguntó Oliverio á la criada.

—Hace cinco ó seis días.

—¡Es ya demasiado tarde!—exclamó Oliverio.—¡Oh, padre mío!

Sin embargo, se empeñó en que Lázaro le acompañara á la antigua habitación de María.

—La señora Duchampy se ha marchado hace cuatro días—dijo el portero.

—¡Más vale así!—murmuró Lázaro llevándose á Oliverio.

—¡Cuando menos Urbano no ha vuelto á verla!—pensó Oliverio, cuyo amor empezaba á transformarse en poesía.

## LA ÚLTIMA CITA